



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9593

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

LUNES 23 DE OCTUBRE DE 1893.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

HERNIAS (VULGO QUEBRADURAS)

Curación pronta y radical de las mismas ya sean inguinales, umbilicales ó clurales por crónicas que sean y en todas las edades y sexos con el procedimiento del Dr. Sabdival.

Ningún enfermo sugeto á nuestro tratamiento ha dejado de curarse, necesitando sólo de 3 á 4 meses los niños hasta la edad de 14 años y de poco tiempo más las personas mayores.

El Dr. Sabdival llegará el 25, permaneciendo en ésta ciudad hasta el 28, alojándose en el Hotel Francés, donde podrán consultarle de 10 de la mañana á 4 de la tarde.

LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL



COMPANÍA DE SEGUROS REUNIDOS.

Domicilio social: MADRID, CALLE DE OLÓZAGA, n.º 1 (Pasaje de Recoletos.)

GARANTIAS

Capital social efectivo... Pesetas	12.000.000
Primas y reservas.....	40.697.980

Total..... 52.697.980

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Esta gran Compañía nacional contrata seguros contra los riesgos de incendios.

El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1844, de su fundación, la suma de pesetas 48.301.675-53.

SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, especialmente las de Vida entera, Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

Dirigirse á los Subdirectores Sra. Viuda de Soro y C.ª, Plaza de los Caballos, 15.

Para los agricultores.

Prensas de palancas múltiples para vino.—Tijeras para vendimiar.—Id. para podar.—Máquinas para desgranar panizo.—Id. para taponar botellas.—Id. para limpiar id.—Id. para picar y embutir carnes.—Horcas de acero.—Azadas, legones y rastros de id.—Inertadores.—Filtros para vinos y licores.—Agotadores para botellas.—Cepillos, cadenas, lespiches, etc. para bocoyes.—Bombas de trasiego y otras.—Armeros especiales para botellas.—Cestas idem para idem.—Arados de verdadera fiya y movible.—Embudos automáticos.—Mobiliario para jardines.—Carrillos para sacos.—Espino artificial para cercas.—Jarrones, macetas, balaustras etc.—Básculas sin numeración.—Via estrecha para trasportar frutas.—Wagoncitos, plataformas, etc.

De venta en el MUSEO COMERCIAL.—Puerta de Murcia. PIDANSE CATÁLOGOS Y DIBUJOS.

LA ORDENANZA.

(Colaboración inédita)

La orden fue comunicada por el Ministerio de la guerra.

Cuando el coronel Carrillo recibió la noticia, comenzó á llorar lo mismo que un niño.

Carrillo desde soldado, había logrado llegar hasta el empleo de coronel y aun cuando su instrucción no se avenía muy bien con las actuales exigencias sociales, era en cambio un pundonorosísimo militar, un valiente soldado y sobre todo un corazón de angel.

Querido por sus oficiales y admirado por sus soldados, Carrillo profesaba verdadera veneración á la ordenanza.

¡Oh, la ordenanza! El hubiera sido capaz de sacrificarlo todo; afectos, carifios y hasta su propia vida por cumplir la ordenanza aun en el más insignificante de todos sus detalles.

El coronel Carrillo llegó á su casa con muestras visibles de una agitación desusada.

—¿Qué traes?, le dijo su esposa.

—Lee eso—se limitó á decir Carrillo.

—La mujer leyó el papel y después al mismo tiempo que sus ojos se arrasaban en lágrimas exclamó.

—¡Hijo! ¡Hijo mío de mi alma!

Y el coronel y su esposa abrazados lloran largo rato.

La orden comunicada por el Ministerio de la Guerra decía sobre poco más ó menos lo siguiente:

—En el tren correo número tantos marcha á esa plaza el general de brigada Excmo. Sr. D. Eduardo Carrillo.

Dispondrá V. S. que las fuerzas de su mando tributen á dicho general los honores de ordenanza.

Carrillo leía la orden vivamente emocionado mientras su mujer loca de alegría, daba disposiciones á los criados para que preparasen el alojamiento de su hijo [de su hijo el general]

—Voy á mandar que forme el regimiento—decía el coronel.

—Voy á arreglarle la cama—decía su mujer y el coronel y su esposa y los criados, todos los de la casa se atropellaban como si se hubieran vuelto locos.

El coronel Carrillo que procedía

de la clase de tropa, había alcanzado todos sus empleos por méritos de guerra, y aun cuando con estos méritos, su edad avanzada y sus sufrimientos por la patria, le tuvieron algunos años alejado de las contiendas militares de por aquel entonces.

En cambio el general Carrillo su hijo, salió de la Academia siendo un oficial distinguidísimo, tomó parte en varios gloriosos hechos de armas y su talento militar y su bravura heroica le llevaron rápidamente al envidiable puesto que ocupaba en la milicia.

El coronel Carrillo estaba á la cabeza del regimiento que formaba en línea, pálido por la emoción.

A la voz de mando, las cornetas batieron marcha y el general Carrillo cruzó por delante de la línea de soldados seguido de su brillante Estado Mayor.

El coronel estuvo á punto de faltar á la ordenanza.

No se sabe como se pudo contener sin gritar, ¡Hijo mío!

El general estaba pálido también. La revista fue breve y el general y el coronel se dirigieron á su casa.

En cuanto los ordenanzas cerraron la puerta antes de subir el primer escalón el general abrazó fuertemente á su padre.

—Y á mí y á mí, hijo mío? gritaba la esposa del coronel.

Un abrazo los fundió á los tres y seguramente aquel día fue el día más feliz que los tres pudieron imaginarse.

—No quiero—decía la madre.

—No quiero que me llamen la coronela.

Quiero que me llamen la madre del general.

El general miraba á su padre y se sonreía.

—Mira hijo mío, decía la noble anciana—Mañana quiero que me lleves á casa de las de Aguado.

Quiero ir cogida á tí, y que me vea todo el mundo del brazo de todo un Excmo. Sr. General.

Y dirigiéndose á su marido le decía con cierta sorna. ¡Excelentísimo!... lo entiondes bien ¡Excelentísimo!

—En mi casa no manda nadie más que yo, ni hay más Excelentísimo que yo, de modo y manera que de mi casa no va nadie ni á casa de las de Aguado ni á casa de las de Aguado y... hemos terminado.

La madre miró á su hijo como diciéndole:

—Tu que mandas más dí algo.

El general haciendo un esfuerzo supremo para contener la risa dijo á su padre:

—Pero papá... que mal hacemos en ir á donde dice mamá.

—Yo soy el amo de mi casa y no me da la real gana.

—Pero papá... Basta, he dicho que no y no.

Después de estas palabras siguió un largo silencio.

El general apenas podía contener la risa.

—Coronel,—dijo por fin—mañana á las doce forme el regimiento.

—Pero hijo mío estás loco.

El general levantóse y volvió á decirle:

—Señor Coronel mande formar U. S. el regimiento.

El General salió de la habitación.

La coronela miró á su marido como diciéndole ¡Fastídiate! y antes de seguir á su hijo dijo con cierta ironía que no fuera yo mañana en casa de las de Aguado.

—Formaré el regimiento,—dijo con rabia el coronel pero cuando regresemos á casa... cuando regresemos á casa! Bueno le voy á poner el cuerpo á mi hijo. Porque es mi hijo y puedo darle un mojicón cuando me dé la gana.

El coronel no pudo aquella noche conciliar el sueño.

¡Formaré el regimiento! ¡pero! Vamos que no se sale mi mujer con su gusto.

El coronel se levantó con un humor de todos los demonios.

Tenia algo más que mal humor, tenía pesadumbres y tristezas.

No puedo—dijo—me siento mal—no podría dar ni una sola voz de mando.

Durante el almuerzo no habló ni una sola palabra.

El general no perdía un gesto ni un solo movimiento de su padre.

La coronela no podía disimular la alegría.

A la hora marcada el coronel se dispuso á partir.

—No puedo, me siento mal, dijo el coronel—y mandó orden al teniente coronel para que mantuviera las fuerzas.

—Pero no nos vamos hijo,—dijo impaciente la coronela.

—He dicho que en mi casa no sale nadie,—es decir,—el Sr. General puedo hacer lo que guste.

El general se puso en pie y con ademán ceremonioso dijo:

—Señor coronel ¿Está usted dispuesto á cumplir mis órdenes?

El coronel después de dudar un poco dijo:

Estoy dispuesto.

—Señor coronel ahora mismo, lo entiondes bien U. S. ahora mismo me dará U. S. un abrazo y un beso.

El coronel lo comprendió todo y dijo deshecho en lágrimas.

—Obedezco porque tiene V. E. mayor graduación que yo.

La luz de un sol de Mayo iluminó aquel hermoso cuadro y mientras el coronel abrazaba á su hijo el regimiento desfilaba por bajo de sus balcones á los alegres compases de una marcha española mientras el sol se partía en reflejos metálicos en las bayonetas de los soldados.

MANUEL PASO.

Octubre 1893.

(Prohibida la reproducción.)

A «EL MEDITERRÁNEO»

Ofreció el Patriota práctico que no volvería más á la prensa para tratar de la idea de la suscripción racional, patrocinada en el artículo que tuvo la bondad de insertar EL Eco en su número del día 17. Cumpliendo esta oferta, el autor de aquel artículo deja su pensamiento en el archivo de las cosas olvidadas. Así lo ha querido la opinión, y ha sido forzoso darle gusto, respondiendo á su silencio con un acto de cristiano arrepentimiento.

Pero si sobre tal asunto no hemos de volver á hablar, exige nuestra conciencia que no dejemos consentidas las ligerezas de lenguaje que en su último número ha empleado EL Mediterráneo para tratar esta cuestión, inspirándose, más que en el propósito de discutir aquel pensamiento, en el deseo de poner en duda la sinceridad y el noble impulso á que obedeció la publicación de nuestro modesto trabajo.

Nos inclinamos á creer que EL Mediterráneo no ha reflexionado en la significación que puede atribuirse á alguno de sus conceptos. Llamar patriotería al hecho de expresar desinteresadamente el propio pensamiento sobre una cuestión de honra nacional, revela una de dos cosas: ó que se ha empleado aquel epíteto sin pensar en la significación de desprecio que entraña, ó que, pensando en ella, se ha querido lanzarla sobre la frente del Patriota práctico. Decir además que nuestra idea «haya sido inspiración de alguien que por un capricho de la loca fortuna esté disfrutando convenientemente á la sombra de la presente situación política y se proponga con traer méritos para con el Gobierno,» es un supuesto que EL Mediterráneo está en el caso de mantener ó rectificar después de serle conocido el autor de la obra por él censurada.

EL Patriota práctico para no molestar más á la prensa, ni con sus ideas ni con nada que con su persona se relacione, necesita conocer la última palabra de EL Mediterráneo sobre esos dos conceptos, que interesan exclusivamente al que suscribe.

A. GONZÁLEZ SUÁREZ.

Cartagena 23 de Julio 1893.

EL CONFLICTO CON LOS MOROS

Al cabo ha quedado comprobada la noticia dada por los corresponsales de la prensa en Melilla, de que los moros habíanse atrincherado en nuestro campo. El general Margallo lo ha dicho así al ministro de la Guerra y á este no le ha parecido bien, cuando ha ordenado que sean deshechas á cañonazos las trincheras moras.

Al Conde de Venadito le ha tocado la suerte de iniciar las operaciones en Melilla y las ha iniciado bien. Dieciocho disparos de cañón han bastado para que los moros se declaren en fuga hacia el Gurugú, desde donde han visto derramarse las trincheras, arder las casas, huir los ganados y ponerse en precipitada fuga los que, más brabucos que ellos, y más valientes también, (hagámosles esta justicia) se empeñaron por un momento en rechazar la agresión del buque con los fusiles Remington.

Cuéntase, que en lo más serio del fuego, cuando los proyectiles del Conde de Venadito caían sobre los grupos, desahuciados y poniéndolos en fuga, un centenar de moros se dejó caer como avalancha de la sierra á la playa, con el propósito de acortar la distancia que los separaba del buque y á fin de que las balas de los fusiles llegaran hasta él. Tarea inútil; la embarcación siguió disparando sus cañones y una de las granadas cayó en el centro del grupo de enemigos dispersándolos completamente.

La jornada del sábado les ha hecho comprender lo que vendría detrás; pero no por eso se desalientan los riffeños, ni se arrepienten de lo hecho. Al contrario, agitan sus jaiques en las cumbres de las montañas, llamando fuerzas en su auxilio y siguen llamando por la noche, encendiendo hogueras en las alturas de las sierras.

Esos llamamientos de los moros requerirán pronto frente á los muros de